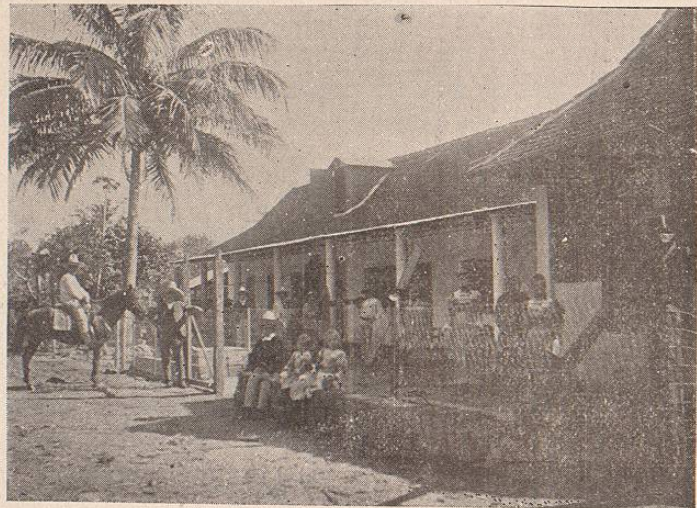


ta que hace el río. Como acabo de observar, el lecho arenoso de éste presenta una dificultad para la navegación por buques de mediano porte; pero la canalización, removiéndola arena por medio de una draga, será sin duda, el medio más eficaz para destruir aquélla. Entonces la nueva Colonia de San Rafael, en la ranchería de Zopilotes, se convertirá en un puerto de exportación de nuestros más ricos frutos. Las embarcaciones pequeñas afluirán á él para trasbordar á otras mayores, azúcar, café, cacao, raíz de Jalapa, zarzaparrilla, tabaco, vainilla, preciosas maderas de construcción, exquisitas frutas y ganados.

Tales consideraciones me hicieron recordar al Sr. Martínez de la Torre, las ideas que des-



COLONIA SAN RAFAEL.

de mucho tiempo antes le había manifestado respecto de la conveniencia de unir la ciudad de México con el puerto de Nautla, por medio de un buen camino carretero, ya que no fuera posible por la vía férrea. Tan arraigada estaba en mí esta convicción, que me apresuré á exponerla al ilustrado Ministro de Fomento, el Sr. D. Jesús Terán, quien desde luego aceptó mis indicaciones, ordenándome que desarrollara el pensamiento. La proximidad de Nautla más que otro punto de la costa respecto de México, la feracidad de los terrenos de aquella zona caliente, la bondad del clima relativamente á los otros lugares de la misma costa, las ventajas que ofrece la navegación del Nautla, en la escala que antes hemos indi-

cado, los menores accidentes de la Sierra Madre, por el rumbo de Teziutlán y la sucesión de llanuras desde México hasta el pie de aquella sierra por Apan, Huamanta y San Juan de los Llanos, eran otros tantos argumentos que apoyaban mis ideas para la apertura del referido camino, y hubiera insistido en ellas, atendiendo á la buena voluntad de D. Jesús Terán, á no haberlo impedido la intervención europea con sus consiguientes trastornos.

No puedo comprender la prosperidad de un país sin el desarrollo de las mejoras materiales. Un camino, un puente, un canal, valen más para una nación, que por cada una de esas obras millones de pesos en efectivo. Duéleme, por tanto, esa apatía, ese egoísmo que se

advierte, con honrosas excepciones, en nuestras clases sociales que, estando en posibilidad de hacer mucho por su patria, miran con indiferencia sus males. Aquí no se conocen como en los Estados Unidos, en escala relativa, las empresas de colonización, ni compañías industriales; nacen las iniciativas y mueren en su cuna por falta de capitalistas emprendedores. En vano trato de inquirir la causa del adormecimiento del patriotismo, siquiera para revelarla á quien pudiera remediar tan nocivo mal.

Para evitar esta digresión en que empezaba á engolfarme, permítaseme antes de concluir, apreciar el porvenir de esta región que he visitado con inmenso placer, y para ello

volvamos á Teziutlán á fin de referir una conversación que se grabó en mi memoria, y que mide bien toda la fe que en el bienestar de estos pueblos puede abrigarse.

Teziutlán, es la tierra natal del Sr. Martínez de la Torre, quien entre sus sentimientos cuenta con uno, para él de gran poder, el profundo amor que le profesa al pueblo en que nació. Natural es que las personas que le acompañan y visitan le hablen de todos los proyectos de mejoras morales, materiales y sociales que en aquel rumbo pueden desarrollarse.

En una tarde bellísima subimos á la bóveda de la preciosa capilla del Carmen de Teziutlán y contemplábamos el encantador panorama de la población, dirigiendo nuestras miradas sobre todo un horizonte que se presentaba bello y halagador á nuestro espíritu de viajero, y tierno y patriótico al corazón de Martínez de la Torre. (*)

Al admirar la belleza con que Dios ha dotado á aquella población, viene al espíritu el pensamiento de un futuro de felicidad, de progreso, de grandes adelantos para las generaciones que están por venir, y nosotros nos preguntamos: ¿Qué será Teziutlán, tan preciosa población, al pasar unos treinta años? ¿Cuántas familias la visitarán, cuando el ferrocarril llegue á Perote, y pueda hacerse el trayecto desde México en un sólo día? ¿Cuántos elementos va á reunir esta ciudad que es el centro de la sierra, la capital propiamente dicha, de esos pueblos ricos de bienes de fortuna y aún más ricos por su amor al trabajo y á los adelantos?

Este fué el tema de nuestra conversación, del cual se desprendían vaticinios que dejaban satisfechos á los hijos de aquella preciosa población, en donde encuentran afecto sincero todos los que la visitan y una verdadera patria los extranjeros, que viven como en la tierra propia, formando familias honradas que se confunden en todos sus goces con los hijos del país.

El comercio en Teziutlán está dividido entre nacionales y extranjeros, y éstos tomando afición á los hábitos del campo, invierten par-

(*) Téngase presente que este artículo fué escrito y publicado en 1874.

te de su capital en la compra de propiedades rústicas y urbanas, asimilando en todo sus costumbres á las del lugar en que viven.

Mil reflexiones brotaban sobre esta materia, tomando parte en la conversación el activo Jefe Político de Teziutlán, así como el de Jalacingo, el Sr. D. José J. Guzmán, que fué siempre nuestro apreciable compañero. Todos fijaban como base para la prosperidad de aquellas poblaciones, el desarrollo de la gran riqueza de la tierra caliente, que partiendo de los pueblos de la sierra llega á las orillas del mar.

El reconocimiento que hice del trayecto de Teziutlán á Nautla, vino después á comprobarme que los cálculos nada tenían de exagerados. Nuestra conversación parecía un tejido de flores, como lo que los estudiantes llaman *jardín* en las dulces expansiones de la imaginación. Yo, que no tenía motivos más poderosos que mi fría razón para apreciar lo que había oído, medité sobre ese halagador presagio del porvenir que brotaba de la imaginación estimulada por el patriotismo; y á semejanza de los viajeros que, al recorrer países desconocidos, aventuran aseveraciones que se refieren al futuro, voy á permitirme decir lo que creo serán esas poblaciones antes de algunos años.

Teziutlán, hoy ciudad reducida, caminará por la senda del progreso á pasos rápidos, y será siempre notable el adelanto de sus hijos, porque allí no hay conflictos privados que dividan á las familias, y la autoridad política, el párroco del pueblo y los particulares trabajan para mejorar en todo una población que por la naturaleza tiene mucho que dar y por sus actuales pobladores mucho que esperar.

Siguiendo el recuerdo de la conversación no puedo dejar de estampar aquí un deseo de muchos de los vecinos de Teziutlán. Esta población dista ocho ó nueve leguas de Perote, adonde llegará dentro de poco la línea del ferrocarril, y es fácil construir un ramal que ligue esos pueblos. El ramal de Perote á Teziutlán presenta facilidades que sabrán aprovechar aquellos pueblos llamados á ser el depósito de valiosos frutos: tal es el deseo de los teziutecos.

Ahora que ha entrado México en el camino de la paz, es preciso tocar todas las cues-

tiones que más de lleno afectan su porvenir, y entre ellas la colonización tiene á mi juicio un lugar de preferente atención. A ella debe el gobierno consagrarla, y como punto que satisface cuanto puede apetecer el inmigrante conviene designar toda la región que atraviesa desde Perote hasta Nautla. Por esa costa de Veracruz, en la que se hallan situados también los puertos de Tecolutla, Tuxpan, Tampico, etc., solo se necesita dirigir bien al principio la colonización, que ella vendrá abundante una vez que haya acierto en los primeros pasos. La colonización para producir sus frutos debe ser espontánea y no forzada. Esta puede considerarse como parásita que destruye la planta que la alimenta, y aquélla como fecundante sabia.

No me creo autorizado para poner como un programa indefectible de los sucesos futuros, lo que ofrece la colonia de San Rafael; pero si el Sr. Martínez de la Torre, firme y constante en su propósito de fundar una gran colonia, no se detiene ante las dificultades naturales de una empresa de esa magnitud, la nueva colonia será la base de una numerosa inmigración, porque abundan en sus terrenos las mejores condiciones: 1° Una tierra fértil con ricas maderas, regada por el copioso y fecundante rocío. 2° Medios de expedita comunicación, porque la colonia situada á la orilla del Río Nautla puede fácilmente embarcar sus frutos para Veracruz, ó traerlos para la Mesa Central. 3° Grande economía de transporte para los inmigrantes, porque desembarcando en Veracruz, pueden en veinticuatro ó treinta horas llegar por Nautla á la colonia. 4° La inmigración francesa al tocar las playas de Nautla se creará en su propia patria porque llega á una población francesa donde hay, por instrucciones del Sr. Martínez de la Torre y autorizada por el jefe político, una junta de mejoras materiales que tendrá entre otras atenciones la de recibir á los inmigrantes, atenderlos y procurarles trabajo y comodidad. 5° Gran abundancia de los elementos precisos para la vida, pues que los cereales se producen prodigiosamente, y carne y pescado fresco hay de sobra. 6° Facilidad de trabajo, porque conocidos y cultivados esos terrenos en alguna extensión por los arrendatarios franceses, sólo esperan mayor número de brazos pa-

ra aumentar una producción que en su creciente progreso, hará sin duda la riqueza de esos colonos.

PUERTO Y BARRA DE NAUTLA.

Habiendo llegado á la colonia de Jicaltepec, consideraba ya como un delito no proseguir mi excursión hasta la playa. La presencia del mar siempre sorprende, siempre impone, ora se le vea en calma, ora agitado por sus tremendas borrascas. Allí es donde la mente concibe la idea de lo maravilloso y de lo sublime. Las olas que nacen violentamente á impulso de los vientos, y que en tanto que unas mueren surgen otras de nuevo, su continuo y uniforme movimiento en dirección de la costa, con sus penachos espumosos, brillantes y agitados; el agua que se derrama sobre el plano inclinado y arenoso de la playa, depositando en ella sus calcáreos despojos; y por último, la boráquina que forman las olas precipitándose sobre el agua que de la playa se retira para volver al seno del Océano, todo causa al espectador el mayor asombro.

De Jicaltepec á Nautla hay una distancia de 11½ kilómetros por tierra, y 16 por agua. Por falta de una embarcación hube de hacer la travesía por el primer medio. Tres ó cuatro eminencias de poca consideración interrumpen la planicie de la costa, y desde ellas se gozan vistas en extremo agradables. Los franceses han establecido algunas granjas y dehesas, á uno y otro lado del río, que se ofrecen á la vista del viajero como paisajes pintorescos de la Suiza, salvo la vegetación tropical, que en todo el trayecto es tan abundante y feraz como la anteriormente descrita: encuéntrase al fin del camino la agrupación de casas de lodo, paja y zacate, diseminadas las más en las llanuras, y formando calles algunas, las cuales constituyen la población del puerto de Nautla, situado á 20° 12' 43" 44 L. N. y á 2° 21' 30" 8 de long. E. de México.

Al llegar al puerto, mi primer cuidado fué el de procurarme una embarcación que me condujese á la barra, conseguida la cual, me instalé en ella en compañía de mi amigo Sánchez Facio. El remero, en atención á que el

bote era *celoso* (1) nos recomendó la mayor tranquilidad, y *botando* (2) al principio para *bogar* (3) después, surcamos las aguas del angosto estero de Nautla, y á poco nos encontramos hendiendo las cristalinas aguas de la extensa ría del mismo nombre. Las márgenes del estero se hallan sombreadas por el preciso y florido ramaje de los laureles, macho y hembra, y bordadas por los lirios y la preciosa *majahua*, planta que da una semilla parecida al ajonjolí. En las márgenes del río crece la misma vegetación, distinguiéndose, además, las impenetrables barreras de los manglares. La diafaneidad del agua permite descubrir, muchas veces, el lecho arenoso del río y los peces que en su seno se agitan, nadando unas veces en opuestas direcciones y saltando otras sobre la superficie, produciendo un leve chasquido.

Caminábamos en dirección de la Barra, en los momentos en que *estaba vaciando la marea*, (4) como á una legua de distancia, cuando un ruido persistente y lejano, muy semejante al que producen las nubes tempestuosas antes de descargar sus fuertes granizadas, atrajo nuestra atención: eran los rugidos del Océano, enfurecido por el azote de fuertes *turbonadas*, (5) y en tanto que el mar permanecía agitado á consecuencia del pasado huracán, apenas se hacía sentir en el río una ligera y agradable brisa. La límpida superficie de las aguas formaba *anillos* (6) y *cabrillas de viento*, (7) y no *macheteaba* (8) como en el golfo la *marejada*. (9) A medida que nos

acercábamos á la barra, mayores eran los estruendos del mar y mucho mayor mi impaciencia por contemplarle libremente. Ya cerca de la desembocadura del río fué preciso *birrar* (1) á la derecha, pues la *Barra cruzada*, (2) y la *resaca* (3) nos impedían salir al mar en tan débil embarcación como la nuestra. La ranchería, llamada de la Barra, fué nuestro seguro puerto, y apenas puse los pies en tierra firme, corrí precipitado por los arenales, salvando los pequeños médanos que me interceptaban la vista del mar para contemplar la más grande y maravillosa obra del Criador sobre la tierra.

Volvíme á poco á la ranchería deseoso de ver *figar*, (4) deseo que no logré por no estar el mar en *calma chicha* (5) y hube de contentarme con ver solamente *atarrallar*. (6)

Las gaviotas con su rápido vuelo surcaban el aire oblicuamente y se arrastraban por la superficie de las aguas marinas para alzar de nuevo su vuelo y perderse en el espacio, en tanto que de entre los manglares y matorrales del río salían precipitadas otras aves, como alcatraces, garzas, candiles, y el Martín pescador.

Antes de regresar á Jicaltepec pasé mucho tiempo en contemplación delante del Océano; miles de ideas surgieron en mi mente, y me creí feliz pensando en que podría trasladarlas al papel. Una triste realidad desvaneció mi ilusión: mi insuficiencia para describir aquel prodigio de la Naturaleza, pues todas aquellas ideas que su presencia me inspiró, quedaron sumergidas en su insondable abismo.

(1) Que es sensible y se mueve mucho.

(2) Hacer caminar el bote á impulso del remo que alcanza al fondo del río y se apoya en él.

(3) Hacer caminar el bote á impulso del remo produciendo el esfuerzo en el agua.

(4) Bajando la marea.

(5) Turbonada, huracán momentáneo.

(6) Pequeños círculos concéntricos formados en la superficie del agua.

(7) Ligeras ondas en la misma superficie.

(8) Azotar el aire fuertemente.

(9) Fuerte golpe de las olas en la playa.

(1) Voltear en determinada dirección.

(2) Choque de dos aguas que hace zozobrar una embarcación.

(3) Agitación del mar sobre un cabezo ó punto de arena.

(4) Pescar por medio de la figa (otote en cuya extremidad hay un arpón).

(5) Calma completa. Para figar no es condición precisa esta circunstancia, pues basta para ello que la mar no esté muy agitada.

(6) Pescar con atarralla, que es una red de pita.

